

MAYO DEL 68: UNA EXPERIENCIA URBANA

Mario Fabregat Peredo*

RESUMEN

Los sucesos ocurridos en Francia en mayo de 1968 fueron la expresión de un movimiento estudiantil y juvenil que conmoción a toda la sociedad tradicional, tanto en lo político como en lo social, dentro de un espacio urbano específico: París. Aunque fue importante como movimiento, posteriormente algunos historiadores e intelectuales concluyeron que no tuvo éxito, porque careció de una plataforma política capaz de instalarse en el poder y generar los cambios que proponía. Sin embargo, permitió dejar en evidencia que las instituciones políticas debían ajustar sus formas de funcionamiento para dar respuesta y cabida a la diversidad de sensibilidades que convivían dentro de una misma cultura.

Palabras clave: París, jóvenes, universitarios, revolución, democracia.

MAY 68: AN URBAN EXPERIENCE

ABSTRACT

The events that occurred in France in May 1968 were the expression of a student and youth movement that shook the political and social roots of traditional society within a specific urban context. Although it was important as a movement, some historians and intellectuals would later come to the conclusion that it had been a failure, because it lacked a political platform capable of taking power and generating the changes it proposed. Nonetheless, it served to show that political institutions needed to adjust their ways of working and thinking to open up to the diversity of sensibilities that cohabited within a same culture, and respond to their needs.

Keywords: Paris, young people, university students, revolution, democracy.

Recibido: 31 de agosto de 2012

Aceptado: 29 de octubre de 2012

* Magíster en Historia. Departamento de Educación Básica, Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación. mario.fabregat@umce.cl

1. INTRODUCCIÓN

A la distancia, y no sin un gran cuestionamiento, se puede señalar que el año 1968 fue para Europa la expresión de dos procesos revolucionarios fallidos –pero que tendrán su revancha años más tarde: el Mayo Francés y la Primavera de Praga (Mammarella, 1996). El primero fue la expresión más intensa del mundo joven y universitario en contra de la gerontocracia y la institucionalidad vigente. El segundo, parte del proceso de “desestalinización” que vivía Checoslovaquia y la nomenclatura soviética de viejo cuño, que había imperado en la URSS y los países que giraron en torno a su órbita ideológica, pero ambos sucesos se desarrollaron en espacios urbanos emblemáticos: París y Praga.

Después de la II Guerra Mundial, Europa comienza a tener un importante desarrollo económico dentro del cual comienza a gestarse la llamada *nueva izquierda*, que tendrá una expresión potente en los acontecimientos de 1968. Lo que se venía dando, desde mediados del siglo XX era una importante revolución *cultural* –por difusión de la cultura– vinculada al cambio económico y social– propiciado por el *Estado Bienestar* –que consistió en la expansión del consumo y una mayor disponibilidad de tiempo libre, al mismo tiempo que se transforman ciertos valores sociales y morales. Todo esto se expresa en concomitancia con el surgimiento de una vasta capa de intelectuales, consecuencia de que la educación universitaria pasara de ser un fenómeno de élite a un fenómeno de masas.

Un ejemplo de estas transformaciones se ve reflejada a comienzos de los 60, cuando Europa triplicó el número de estudiantes universitarios, con respecto a los primeros años de la posguerra, y la universidad se convirtió en el punto de encuentro de masas juveniles de diferente origen social. El simple estallido numérico de las cifras de estudiantes indica una posible respuesta (a los cambios sociales y culturales). El número de estudiantes franceses al término de la Segunda Guerra Mundial era de menos de 100.000. Ya en 1960 estaba por encima de los 200.000, y en el curso de los diez años siguientes se triplicó hasta llegar a los 651.000 (Hobsbawm, 1998: 303).

En general, será la izquierda, la *nueva izquierda* que llama el historiador Giuseppe Mammarella (1996), el principal receptáculo de la cultura intelectual universitaria y que contribuirá a politizarla. Porque el problema en Francia es que en general los partidos de la izquierda tradicional se habían incorporado al sistema, abandonando el espacio revolucionario que ahora tratará de ocupar este nuevo referente, y que servirá como vehículo de expresión de las capas estudiantiles–intelectuales.

En la década del 60 contribuirán al nacimiento de la *nueva izquierda* sucesos de distinto tipo, como las luchas de independencia en América Latina, el régimen militar de los coroneles griegos, el movimiento por los derechos civiles de los negros en EE UU y, por supuesto, el conflicto vietnamita, episodio emblemático de la década que ayudó a preparar el estallido de 1968 en Francia. Este suceso es representativo de lo urbano, de la ciudad moderna, aquel

lugar en donde se despliegan múltiples manifestaciones, constituyendo aquello que denominamos *espacio público*. Este *espacio* es esencialmente el de la ciudad, el de los ciudadanos.

2. ANTECEDENTES

El año 1967 el régimen del presidente De Gaulle mostraba síntomas de desgaste, luego de un periodo, hasta 1963, de notables éxitos políticos y económicos. En el plano exterior, De Gaulle luchaba contra la política atlántica de EE UU y abogaba por la unión franco-alemana para atenuar la influencia de EE UU en Europa que mantenía desde la postguerra. Sin embargo, la idea de De Gaulle de la “Europa del Atlántico a los Urales” seguía siendo una utopía¹. Más aun cuando Alemania Federal y EE UU reforzaron sus lazos, siendo Bonn el interlocutor directo de EE UU en Europa. Pero todo esto era parte de la gran política, de la vieja guardia que había sido parte de los que ayudaron a derrotar el nazismo y que, por tanto, habían heredado una plataforma moral para dirigirse en los asuntos públicos. Los jóvenes y las nuevas generaciones habían heredado la contemplación de un espectáculo², no habían sido protagonistas y, sintiendo que podían y necesitaban serlo, no eran tomados en cuenta. Desde allí comenzará a surgir un sentimiento de desencanto con la política tradicional que no los representaba ni en sus códigos, ni en sus lenguajes, ni en sus expectativas de lo que debía ser el futuro. Y no era solamente el tipo de sociedad el que se discutía, sino que también cómo se debía construir. Los jóvenes percibían un cierto cansancio y un rechazo hacia la *realpolitik*. Ya era tiempo de arriesgar un poco más. Eso explica por qué en parte los sucesos de 1968 hayan despertado tan fuertemente el sentimiento utópico y casi mítico que reaccionaba “contra la miseria de la vida cotidiana” (Mammarella, 1996: 280).

Anunciada por una serie de incidentes producidos durante el invierno de 1968, la protesta estudiantil entró en su fase más violenta entre el 2 y 3 de mayo. Se cerró la Facultad de Letras de la Universidad de Nanterre, potente centro contestatario, y la policía entró en La Sorbona. Los choques entre una masa cada vez más numerosa de estudiantes y una policía que cargaba duramente contra los manifestantes se desarrollaron en una creciente intensidad hasta el 10 de mayo. Solo el 12 de mayo



¹ Esta idea de De Gaulle tenía que ver con una Europa integrada y donde se restringiera la influencia de la Unión Soviética en el continente, y, a la vez, disminuyera la influencia de EE UU.

² Muy pertinente a esta percepción fue uno de los grafitis de este movimiento que decía “Camaradas: proscribamos los aplausos, el espectáculo está en todas partes” (Nanterre).

los choques entre estudiantes y la policía fueron seguidos por una inmensa manifestación, en el curso de la cual 600 o 700 mil manifestantes desfilaron por las calles de París. Este era un signo de que a la iniciativa de los estudiantes se habían unido los sindicatos y la izquierda política (Mammarella, 1996: 280).

Desde mediados de mayo, la “Revolución cultural” de los estudiantes se transformó en una crisis social y política, y la iniciativa pasó a los sindicatos y a los partidos. El 17 de mayo 10 millones de trabajadores se fueron a la huelga y en los días sucesivos se multiplicaron las protestas sindicales. El primer ministro Pompidou trataba de negociar la vuelta al trabajo. El día 24 de mayo De Gaulle habló al país y pidió la vuelta al trabajo, prometiendo reformas sociales y políticas que permitieran una mayor participación popular. El día 27, estudiantes y una parte del Partido Socialista tratan de relanzar las protestas contra la actitud de espera de los sindicatos. Los partidos de la izquierda, unidos en la Federación de la Izquierda, lanzaron por boca de Mitterrand la propuesta de un gobierno provisional que reemplazara al del general. Parecía la caída del régimen, pero De Gaulle abandona París por 24 horas para comprobar el apoyo militar del ejército francés, principalmente el del general Massu que era el comandante en jefe. El 30 de mayo pronunció un discurso que dio vuelta la situación. Comunicó que el gobierno seguiría en el poder, la Asamblea Nacional sería disuelta y se llamaría a nuevas elecciones. Estas se realizaron el 23 y 30 de julio y significaron el triunfo del general. La contestación de mayo retrocedió y se fraccionó. “Era el balance inequívoco de una 'revolución fallida' o más bien, de una revolución inhallable” (Mammarella, 1996: 281).

3. EL SUSTRATO DEL MAYO DE 1968

Dentro de las causas que explican el mayo francés, encontramos varias. Se protesta porque el individuo ve limitada su libertad y su fantasía creadora debido a la moderna organización del trabajo y el orden institucional, frente a los jóvenes que son una nueva generación portadora de una moralidad más auténtica y libertaria. Aunque Francia y gran parte de Europa occidental viven la *edad de oro* del capitalismo, a los jóvenes eso no les importa y tampoco se les podía exigir que les importara como a sus padres; los jóvenes son testigos de ese momento, no del pasado, de la guerra, de la carencia económica, conocen ese mundo que viven y no otro y creen que puede ser mejor. Por eso es que se manifiestan tan directamente en contra de la organización capitalista, pues ven que subordina al hombre a la producción y la ganancia. Están en contra de todas las estructuras de poder, incluso de los partidos de izquierda (Hobsbawm, 1998).

El fenómeno del *juvenilismo* es nuevo y acentúa lo crítico y lo contestatario; esto, unido al desarrollo de las Ciencias Sociales, que propiciaron con nuevos bríos los estudios sobre Marx, que al mismo tiempo permitieron que se pusieran en boga muchas obras de Marcuse, Adorno, Bloch, Gramsci y otros, los cuales sirvieron de sustento epistemológico para el desarrollo del sentimiento revolucionario. Las pasiones revolucionarias son más habituales a los 18 años que a los 35. Los estudiantes de San Marcos en Lima (Perú) se decía en broma, que

“hacían el servicio revolucionario” en alguna secta ultramaoísta antes de sentar la cabeza como profesionales serios y apolíticos de clase media (Hobsbawm, 1998: 302).

Los jóvenes estaban en una situación incómoda y poco clara en la sociedad porque no tenían un lugar concreto, pero se convierten paulatinamente en un grupo social independiente, con conciencia propia, con gustos propios, pero a los que se les ha negado la posibilidad de participar en la construcción de su sociedad. Esto fue generando un sentimiento de rechazo a todo lo que fuera símbolo de *lo adulto*. “...negaban el carácter plenamente humano de toda generación que tuviese más de 30 años, con la salvedad de algún que otro gurú” (Hobsbawm, 1998: 326).

La nueva autonomía de la juventud como estrato social independiente quedó simbolizada en el héroe cuya vida y juventud acaban al mismo tiempo. La juventud y los íconos como James Dean nos muestran que esta etapa es la del esplendor humano, la cúspide del hombre. Se es hombre porque se es joven. A mediados de los sesenta, incluso el mismísimo movimiento de Baden Powell, los Boy Scouts ingleses, abandonó la primera parte de su nombre como concesión al espíritu de los tiempos, y cambió el viejo sombrero de explorador por la menos indiscreta boina (Hobsbawm, 1998: 327).

Para la juventud europea, los íconos y héroes se podían encontrar en cualquier lugar del mundo, con la condición de que hubiesen realizado cambios políticos y sociales. Y un agregado contundente: debían ser jóvenes. El caso más emblemático fue el de Fidel Castro, que conquista el poder a los 32 años de edad y que sumaba otro atractivo ingrediente: la lejanía geográfica. También era el caso del Che Guevara, Ho Chi-Min y otros, de quienes se acentuaron sus aspectos míticos e irracionales, mezclados con el gigantesco atractivo de que habían llevado a la práctica la idea de la libertad revolucionaria. Esto demostraba que los jóvenes tenían la razón, que eran portadores de una nueva sabiduría y una nueva práctica, y que frente a sus discursos de cambio había que situar la capacidad de llevarlos adelante. Se invertía la lógica tradicional de la verticalidad, pues lo que los hijos podían aprender de sus padres era menos que lo contrario, es decir, los hijos sabían muchas cosas que sus padres ignoraban. La sociedad había cambiado con y por los jóvenes, pero la política seguía igual. Las estructuras de poder se mantenían porfiadamente y no eran funcionales a la nueva realidad; y lo que es aún peor, no intentaba darles un espacio, de allí que los jóvenes sintieran que tenían que ganárselo en la calle, porque ya se lo habían ganado en la transformación de los usos sociales. 1965 fue el primer año en que la industria de la confección femenina de Francia produjo más pantalones que faldas... La literatura siguió la pauta: un brillante crítico teatral llevó la palabra *fuck* ('joder') a la audiencia radiofónica de Gran Bretaña (Hobsbawm, 1998: 333).

El carácter iconoclasta de los jóvenes del 68 se aprecia en los distintos carteles que aparecían regados por los distintos lugares, ya no solo en París ni en las Facultades universitarias, sino que en distintos lugares públicos. Aparte del deseo de rebelarse y manifestarse, se conjuga la intención de provocar, de generar resistencia, de impactar. Se esperaba que las

autoridades reaccionaran y que toda la sociedad se sorprendiera. Nadie debía ser indiferente frente a estos jóvenes que “tenían la razón”. Nada ni nadie podía restarse frente a la verdad incuestionable. A tal grado llegó este nuevo espíritu de rebeldía que en los círculos de intelectuales de izquierda se producía un cierto sonrojo ante lo directo de los mensajes. “Cuando pienso en la revolución, me entran ganas de hacer el amor” habría desconcertado no solo a Lenin, sino también a Ruth Fischer, la joven militante comunista vienesa cuya defensa de la promiscuidad sexual atacó Lenin” (Hobsbawm: 1998: 334).

En el fondo, la lucha tenía como objetivo derribar estructuras de poder basadas en órdenes internacionales y nacionales que no se correspondían con la nueva realidad. Esto no significa “derribar el poder”, sino acceder al poder. Tampoco destruir el Estado, sino que participar de su estructura para rectificarla, cambiarla y en otros casos mantenerla. La idea era poder dialogar, intercambiar opiniones, construir en la confrontación de ideas y pensamientos. Pero aseguraban que se les había mentido y engañado en aras de la estabilidad de la nación y el orden estatal después de un período traumático. La prioridad de la posguerra se centraba en recuperar y mantener los equilibrios que permitieran a la sociedad avanzar hacia el desarrollo económico y luego hacia la democratización de las instituciones. Los jóvenes partían desconfiando de los gobernantes, suponían que seguirían comportándose de acuerdo a los estándares prácticos de antaño. “Al cabo de tantas decenas y decenas de años de mentiras, no se puede proponer un diálogo que suponga la confianza” (Servan-Schreiber, 1968: 18–19). Toda esta desconfianza alimentada a lo largo de los años por este estilo de política iba a ser difícil de desinstalar, por más que las autoridades hicieran promesas al respecto y se comprometieran a introducir cambios que irían en directo beneficio de los jóvenes y atacarían las áreas más sensibles para ellos, como la educación. Ni el cambio de un decano de la facultad ni la autocrítica de un ministro de Educación son respuestas al problema. La sociedad está mal hecha, hay que rehacerla completamente... La enseñanza ya no puede ser magistral, ni en la familia ni en la escuela: debe fundarse en las nuevas estructuras del *diálogo* (Servan-Schreiber, 1968: 15–16).

La liberación personal y la liberación social iban de la mano y las formas de romper las ataduras del poder en cualquiera de sus formas, políticas, sociales, culturales, etc., era también a través de las prácticas que sólo los jóvenes podían llevar adelante, tanto por ser los poseedores de una nueva cosmovisión cultural como por la apropiación de ciertas prácticas que les eran naturales, normales, pero a la vez, herramientas de lucha política y cultural. Estas prácticas se vincularon principalmente con la liberación sexual y el uso de nuevas drogas. Lo que el poeta conservador y melancólico quería decir con el verso “Las relaciones sexuales empezaron en 1963” (Larkin) no era que esta actividad fuese poco corriente antes de los años sesenta o que él no la hubiese practicado, sino que su carácter público cambió (Hobsbawm, 1998: 334).

Era evidente que la situación a fines de la década del 60 había cambiado; el miedo natural desarrollado después de la Segunda Guerra Mundial había sido sustituido por las

exigencias de participación ciudadana. Porque después de 1945 la situación política y participativa de los franceses pasó a un segundo plano en aras del orden y la estabilidad. Este orden había sido construido en base al principio de la unidad nacional que dejaba de lado las diferencias ideológicas al interior de Francia y el orden que imperaba era absolutamente apegado a principios de estabilidad, llevado a cabo políticamente por los conservadores, de quienes tenían el concepto de que el poder debía constituirse en formato de *monólogo* hacia los gobernados. Aunque era evidente que este sistema, basado en la autoridad personal, había jugado un papel clave en la Francia que resulta de la Segunda Guerra Mundial, ya sentía su agotamiento interno. La moraleja, en resumen, es que a los valores democráticos se les dio rara vez prioridad: que el progreso material, o la seguridad social, o la independencia nacional, o el prestigio internacional fueron más altamente valuados por la mayoría de los hombres que la prevención del poder arbitrario, o los ideales de libertad personal, gobierno constitucional o tolerancia política (Thomson, 1969: 229).

Bajo un sustrato económico– industrial, también se aprecia el deseo del hombre que puede desarrollarse en el trabajo pero no como mero engranaje de un sistema económico o industrial, sino como un sujeto con iniciativas, con responsabilidades amplias, con deseos de aprender, y con la capacidad de imaginar y actuar. Y al *establishment* se le acusaba de ser autoritario y de poner en duda la capacidad de los franceses para razonar y producir transformaciones. De allí que muchos franceses (no sólo los estudiantes) anhelaban una profunda “descolonización interior” (Servan–Schreiber, 1968).

El problema fundamental se gesta producto del encuentro (o desencuentro) entre un cambio acelerado y una sociedad detenida. Ante el fluir de los acontecimientos, Europa y Francia constatan un anquilosamiento que produce un desfase con la realidad. De allí que muchos franceses se resistieran a los cambios y a expresar su malestar porque concebían el éxito en sus vidas a partir de la conservación de las estructuras de poder. Pero muchos constataban que la sociedad iba desarrollando un formato algo extraño, ajeno a su propia cultura, con una clase dirigente “[...]“poseída” intelectualmente por un modelo americano de sociedad, copiado con quince años de retraso,[...]” (Servan–Schreiber, 1968: 26). Junto a ello se enarbolaba la bandera que luchaba por la libre determinación, que reaccionaba contra la institucionalidad impersonal, donde los mandos son poco identificables y nadie puede señalar con certeza de dónde provienen ni por qué están allí; por eso es que las manifestaciones no son solo contra De Gaulle, sino que contra todo lo que en el imaginario simbolizaba. “Se juzga menos al jefe de Estado que a todo lo que encarna y representa: un orden anquilosado, burocrático y centralista, una inadaptación casi biológica a la apertura y el cambio” (Servan–Schreiber, 1968: 73–74). Todo esto constituye un polvorín de inquietudes que salen a manifestarse y que producen esta verdadera explosión en 1968.

4. FIN DE LA REVERENCIA, APARICIÓN DEL “JUVENILISMO” Y SURGIMIENTO DE LA IRREVERENCIA

El problema fundamental radica en el poder y quien lo detenta; su legitimidad pasa por la necesaria distribución de este, pues el que siga concentrado representa una incoherencia para el emergente grupo etario portador de nuevos saberes y nuevas visiones de la política. La idea es compartir lo más concretamente posible las responsabilidades políticas, lo que no significa participación política clásica. Por el contrario, es una participación que se genera desde la base, desde el individuo, desde la particularidad de los deseos personales, articulados en conjunto y que se cristalizaban en los nuevos jóvenes. Porque si la vida ha de tener sentido, era necesario comprometerse en proyectos que debían comenzar ahora, es decir, en 1968. Para ello era indispensable el requisito de poseerse y no ser simples criaturas de los proyectos, intenciones y deseos de los demás. Aquí hay un punto neurálgico del mayo francés, porque representaba ese idealismo que a nivel de las estructuras del Estado, eran incomprensibles, imposibles e incoherentes. Cómo podía el Estado hacerse cargo, aparte de otorgar más libertad, de consignas que apuntaban a matar el egoísmo y construir un mundo más solidario. Eso no podía funcionar ni operar al interior de la lógica del Estado, ni de sus agentes. Había un lenguaje que era esencialmente distinto, sistemática y culturalmente distinto. Que las paredes hablaran y dijeran “Decreto el estado de felicidad permanente” (Ciencias Políticas); “El patriotismo es un egoísmo en masa” (Sorbona); “Gracias a los exámenes y a los profesores el arribismo comienza a los seis años” (Sorbona)³— significaba que se estaba produciendo un nudo en cuanto a las valoraciones y los códigos de sentido que existían entre los llamados viejos gobernantes y los jóvenes revolucionarios.

Esta corriente histórica, representada por estos jóvenes, intelectuales y trabajadores, es la que plantea una nueva democracia, reflejo de una nueva sociedad. Por eso se señaló en aquel entonces que Francia apelaba a un nuevo Contrato Social. El anterior ya estaba caduco, había que reactualizarlo, pero manteniendo la continuidad del respeto por la persona, por los derechos del individuo, articulando un nuevo encuentro, reformando las viejas estructuras, pero sin desarmarlas. Así, la democracia podría llegar a ser algo vivo, siempre que se realizara en unidades de pequeña dimensión. Es la necesidad de un gran reencuentro, pero más que a nivel político—institucional, a *escala humana*, donde imperara el respeto, la tolerancia, la aceptación del otro, la convivencia en la diversidad. Para eso, era inevitable romper con parte del pasado, no con todo, porque era imposible y hasta contradictorio con sus propios postulados renegar de lo que habían sido las conquistas históricas por la libertad del sujeto⁴. Y una de las cosas más importantes que había que conservar era el conocimiento y la capacidad

³ Todo lo que aparece en paréntesis corresponde al lugar donde fueron escritos.

⁴ Era imposible echar por tierra todo lo que era Francia y la cultura de Occidente, y los jóvenes entendían que las transformaciones debían hacerse en un marco de respeto por ciertas estructuras tradicionales. Como lo señala Alasdair MacIntyre en este aspecto, “La posesión de una identidad histórica y la posesión de una identidad social coinciden... Las tradiciones, cuando están vivas, incorporan continuidades de conflicto” (MacIntyre, 1984: 272–273).

individuales. Claro está que se realizaron actos que a simple vista representarían una ruptura total, como el suceso que ocurrió junto al Arco del Triunfo, cuando un grupo de estudiantes escupió sobre la tumba del Soldado Desconocido. Pero está claro que no escupían al soldado, sino al concepto de la *soberanía nacional*. “En nombre de la vida y de la libertad, ponían fin al respeto a la muerte por encargo (y quien encargaba era el Estado). Tal vez era el primer homenaje verdaderamente serio que se rendía al Desconocido de la Plaza de la Estrella” (Servan-Schreiber, 1968: 77–78).

El Arco del Triunfo, espacio urbano, símbolo del poder, lugar central donde las grandes calles convergen y permiten el tránsito y el avance en busca de esa memoria del hecho sublime que se reactualiza. La gran vitrina del triunfo de la nación, la ciudad moderna que se muestra en su esplendor material y espiritual. Pero también había sido el lugar en donde los soldados habían dado muerte a 25.000 parisienses en junio de 1848 y que luego impusieron al *pequeño Napoleón* –como fue llamado por Marx, Napoleón III– a fines de 1851 (Berman, 1998: 148). La ciudad y sus monumentos no tenían una sola lectura. Francia no era una sola, los jóvenes del 68 intentaban mostrar la otra parte de la historia; no solo eran importantes los vencedores, también lo eran los derrotados. El discurso que había construido la identidad nacional había sido monopolizado por los administradores del Estado, y quienes construían las verdades excluían, discriminaban, censuraban, ocultaban. Era eso lo que se quería develar, la hipocresía del poder, la necesaria hipocresía de la política que avanzaba incontrarrestable, al unísono con el progreso material, el industrialismo y la urbanización. Los *residuos* de la historia se habían acumulado y estallaron en los centros de la producción intelectual, la universidad se convirtió en polvorín. Los irresponsables jóvenes se tomaron la palabra utilizando el lenguaje de la subversión. Hacía dos siglos la ciudad de París también había posibilitado este lenguaje, pues era el lugar natural que acogía a la multitud en “[...] el alboroto del mercado, en donde campesinos y hombres de la ciudad se rozan en un codo a codo a menudo hostil [...]” (Vovelle, 1990: 129), condición necesaria para fraguar la explosión social que aconteció en 1789. Nuevamente París, la ciudad como protagonista o los protagonistas que necesitan de la ciudad para hacerse ver, para ser escuchados. Aquel lugar símbolo del progreso era donde se montaba el escenario para cuestionar el discurso de la modernidad, el discurso de la política, el discurso de la democracia. Aquella ciudad diseñada por Napoleón III y Haussmann con sus bulevares y aceras “bordeadas de bancos y árboles frondosos [que] contribuyeron a hacer de París un espectáculo singularmente seductor, un festín visual y sensual [...]” (Berman, 1998: 152) era el territorio natural para el levantamiento y la protesta contra la política y el discurso del progreso, el Estado y sus agentes, Francia y su historia. Todo aquello estaba puesto en entredicho. Por un momento había que detenerse, no era necesario solo pensar, había que repensar, los jóvenes demandaban refrescar la política, lo que en estrictos términos políticos era una demanda de irresponsabilidad.

Si la nación exigía a sus ciudadanos sacrificio y responsabilidad, era precisamente porque el Estado era el producto de lo *serio*, lo digno, aquello sobre lo cual había que conducirse con

sumo cuidado y precaución. La democracia y la soberanía tenían como límite la estabilidad. En el fondo lo que los jóvenes e intelectuales veían eran estos límites, los cuales se habían aceptado porque Francia estaba primero y ante todo. La legitimidad de este discurso tenía sus raíces en aquel principio de la organización política moderna que sublimaba y deificaba al Estado. La tradición era lo que sostenía la institucionalidad, pero la nueva generación que no había vivido la guerra europea, no estaba dispuesta a vivir la tradición desde la experiencia de sus padres. Para los jóvenes era legítimo aquello que surgía desde sus propias experiencias; no había una sola manera de hacer política; no había una sola manera de ver la historia.

No deberíamos dejarnos confundir por una paradoja curiosa pero comprensible: las naciones modernas y todo lo que las rodea reclaman generalmente ser lo contrario de la novedad, es decir, buscan estar enraizadas en la antigüedad más remota, y ser lo contrario de lo construido, es decir, buscan ser comunidades humanas tan “naturales” que no necesiten más definición que la propia afirmación (Hobsbawm y Ranger, 2002: 21).

Lo que se jugó en el mayo del 68 fue la disputa entre el individuo y la sociedad, el sujeto y el Estado, las verdades personales contra las institucionales y oficiales, la relación de las personas con el poder y la redefinición de lo que se entendía por ser un sujeto responsable con la nación. Replanteó conceptualmente la vida en Francia; los conceptos de sociedad, de país, de persona, de individuo, de libertad, de participación, lo cual instala a este movimiento como una expresión exitosa del ejercicio de los derechos civiles. Logró despertar a una sociedad de un gran letargo, pero como no tuvo un anclaje ni un sustento político, no logró imponerse en el ámbito institucional. Le faltó el ingrediente ordenador de toda revolución: una doctrina o idea política más allá de la fuerza del sentimiento. Pero en esta característica se jugó una definición, pues el movimiento no deseó involucrarse o contaminarse con la política tradicional. Prefirió mantenerse al margen y erigirse, esencialmente, como la voz contestataria contra la autoridad. Este espíritu quedó plasmado en una de las consignas escritas contra De Gaulle: “Empleó tres semanas para anunciar en cinco minutos que iba a emprender en un mes lo que no pudo hacer en diez años” (Grand-Palais).

Por mucho que De Gaulle hubiese luchado por mantenerse independiente de EE UU y no dejarse doblegar por las influencias que en Europa este país tenía, los jóvenes intuían que la marcha de los acontecimientos de la sociedad francesa de alguna manera, en su derrotero, coincidía con el estilo de vida americano. Esto se daba porque Francia estaba en un momento de desarrollo económico acelerado, por lo tanto, el modelo norteamericano se hacía presente. Ni la política francesa del momento, ni la política norteamericana del pasado podían explicar esta sintonía de estilo que surgía. De hecho, la política de EE UU hacia Francia, a fines de la Segunda Guerra Mundial, así lo evidenciaba. En aras de la Democracia y la Libertad, Roosevelt sienta el principio de autodeterminación de los pueblos y alienta a los nacionalismos,

tanto por la antipatía hacia Francia, a quien considera irremediabilmente vencida, como por los intereses norteamericanos en el petróleo de Oriente Medio (Fernando Aguirre, 1964: 16).

CONCLUSIÓN

A la hora de los inevitables e insoslayables balances, habría que decir que este movimiento político y cultural inauguró una nueva reivindicación: la de los derechos privados y particulares. Por eso es que en las expresiones de los *carteles* lo que apreciamos no son consignas políticas en el sentido tradicional. No está entre los objetivos fundamentales de los jóvenes del mayo francés el derogar ciertas leyes represivas solamente. Eran anuncios públicos de sentimientos y deseos privados que se legitimaban tanto como los colectivos, pues no constituían una contradicción ni una antinomia. El subjetivismo era una esencia importante, o dicho de otro modo "... todo lo que me preocupe, lo llamaré político" (Hobsbawm, 1998: 334). Todo esto daba cuenta de una inflexión en la manera de entender la política y las relaciones sociales, que abarcó a una generación completa y que tuvo distintas expresiones representadas en distintos espacios geográficos. Los movimientos universitarios en Europa respondieron más que a realidades nacionales a un movimiento histórico. Hay claramente un trasfondo común:

Si las facultades de Milán y de Barcelona, de Turín, de Madrid, de Berlín, de Hamburgo, Lovaina, de Heidelberg sufrieron iguales conmociones, meses antes que las de Nanterre y de la Sorbona, es porque por sobre las dificultades locales, las reformas nacionales y los problemas políticos específicos hay una corriente histórica (Servan-Schreiber, 1968: 26).

Esta nueva generación verbalizó una serie de demandas, pero donde esencialmente se esperaba una nueva forma de actuar e interactuar en la sociedad, demandando un nuevo sentido a la relación entre el gobierno y los gobernados, y desnudando aquella situación de incongruencia entre el poder y las personas comunes, ya que estas entendían que el mundo político, a diferencia de ellas, permanentemente transaba a la hora de implementar reformas, porque, aparte de representar al electorado, también representaba los intereses de su propia actividad, que muchas veces y, paradójicamente, chocaban y eran incompatibles con los de sus representados. Cuando eso sucede y se llega a un límite insoportable para el principio de la soberanía y la representación, es cuando se producen los cambios políticos de mayor envergadura. "... en mayo de 1981 la ciudadanía entregaba el poder a los socialistas, eligiendo presidente a François Mitterrand, rodeado por una clase política procedente de la generación que había protagonizado el mayo del 68" (Fernández, 1996: 663).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Berman, Marshal.** 1998. *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*. Madrid: Siglo XXI Editores.
- Fernández, Antonio.** 1996. *Historia Universal. Edad Contemporánea*. Barcelona: Vicens Vives.
- Fernando Aguirre, José.** 1964. *Las guerras de la postguerra*. Barcelona: Librería Editorial Argos.

- Hobsbawm, Eric.** 1998. *Historia del Siglo XX*. Buenos Aires: Crítica.
- Hobsbawm, Eric.; Ranger, Terence.** 2002. *La invención de la tradición*. Barcelona: Crítica.
- Mammarella, Giuseppe.** 1996. *Historia de Europa Contemporánea*. Barcelona: Ariel.
- Servan-Schreiber, Jean-Jacques.** 1968. *El Despertar de Francia*. Santiago: Zig-Zag.
- Thompson, David.** 1969. *Historia Mundial (1914-1968)*. Londres: Breviarios Fondo de Cultura Económica.
- Vovelle, Michel.** 1990. *Introducción a la historia de la revolución francesa*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.